

Biblioteca

CAMPOS REINA

La fuga de Orfeo

 **DEBOLS!LLO**

Diseño de la portada: Departamento de diseño de Random House Mondadori

Fotografía de la portada: *La escalera* (fragmento), 1981.

© Eduardo Naranjo, VEGAP, Barcelona, 2006

Primera edición: marzo, 2006

© 2006, Juan Campos Reina

© 2006 por la presente edición para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-9793-932-8 (Obra completa)

ISBN: 84-9793-930-1 (vol. 368/4)

Depósito legal: B. 6.949 - 2006

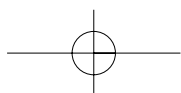
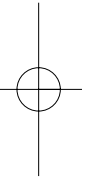
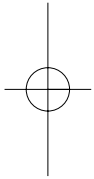
Fotocomposición: gama, s. l.

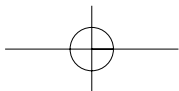
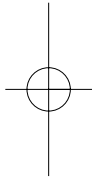
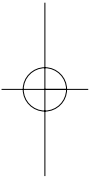
Impreso en Litografía Rosés, S. A.

Progrés, 54-60. Gavà (Barcelona)

P 8 3 9 3 0 1

*A Sevilla, que arropó el exilio de mi propia
vida durante 11 años*





*Sr. D. Juan Díaz
Random House Mondadori*

Muy señor mío: Me dirijo a usted como responsable que es del sello editorial DeBolsillo para poner en sus manos, más acostumbradas a estas lides que las mías, un manuscrito de mi hijo Leo, que reside en Nueva York. El referido manuscrito me lo envió por correo poco antes de marcharse a esa ciudad, con la apostilla de que hiciera con él lo que me viniera en gana. Mi primer impulso al acabar de leerlo fue quemarlo. Si hay algo que se oponga a mi conciencia, a mis valores, se halla tanto en lo que se relata en el manuscrito, cargado de irreverencia y de sensualidad pervertida, como en el ominoso silencio que recae sobre lo que debiera ser exaltado. No se recoge en sus páginas ni una idea en la que apunten valores de convivencia, una ética o una moral. Todo es engolfamiento en el sexo. Me pregunto si al convertirme en destinatario y lector de un documento semejante mi hijo está marcando su territorio, afirmándose para diferenciarlo del mío tal como lo hacen los animales. Puedo entender que no comulgue con mis principios, que me considere un dinosaurio. ¿Pero es esta ordinariéz acaso un pan-

fleto político? La forma sibilina de retratarme me desconcierta. Detecto cierto rencor. Escribe de mí lo siguiente: «Pese a sus ideas autoritarias, en la casa manda poco... Ha perdido incluso el principal don de su personalidad: aquel olor a vainilla que impregnaba su ropa». He sido tildado de intolerante, de integrista y hasta de asesino por quienes entienden que la justicia se ha de medir por la vara que ellos manejan, como la manejábamos nosotros en un pasado nada remoto. No obstante, nadie hasta ahora me ha calificado como si fuese una flor.

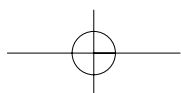
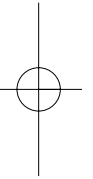
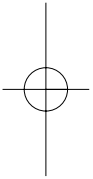
El tono de falso sentimentalismo que impregna el manuscrito, donde el amor está ausente, su ironía, su inmadurez, para mí puro cinismo en un hombre que frisa los cuarenta años, perdone que se lo exprese con cierta familiaridad, me acongoja. Yo luché en la guerra civil, en la Cruzada, como aún la llamo aunque en los nuevos tiempos se burlen de ello, por unos valores eternos. Comprendí siempre el deseo de justicia, incluso el de mis más encarnizados enemigos, y añado que no habría tenido miedo de compartir tal deseo si no hubiera venido acompañado del libertinaje, de la anarquía, del saqueo y del juego con los principios en los que se fundamenta mi fe. Con dolor me pregunto: ¿Es la debilidad de mi hijo y la de tantos otros lo que hemos creado con nuestro conflicto, con nuestras diferencias, con nuestros odios? Yo espero que no, aunque al encender la pantalla de la TV, cosa que suelo hacer pocas veces, parezca lo contrario: Que mi hijo Leo es el perfecto representante de una generación sentimentaloides, indolente y promiscua; de eterna adolescencia. La del pensamiento débil, como hoy la llaman. Puedo encajar con dignidad cuanto me digan mis adversarios, mis enemigos; pero aceptar como lo hace mi hijo el papel de idiota militante, eso

nunca, nunca jamás. Que Dios me libre y guarde. Nunca aceptaré, por más que se me trate de lavar el cerebro, ser el responsable de esa falsía, de esa dulzura babosa, de esa desvergüenza. Yo no he acorralado a mi hijo, yo no le he impuesto nada. Procuramos formarlo en la familia hasta la mayoría de edad. Él se evadió luego y nunca más quiso escucharnos. Y ahora me brinda este «regalo». Como le expuse al principio, mi primer impulso cuando acabé de leerlo fue quemarlo. El segundo, dejárselo a mi confesor, un hombre sensato, santo, aunque de manga ancha según mi criterio, que en otro tiempo hizo mucho bien a este país, dígame lo que se diga hoy, al corregir y expurgar tantas obras de sus desviaciones, que merced a su inspiración quedaron impecables. Basta comparar las mismas con otras versiones actuales, a las que se les ha añadido lo que él retiró. No debe entenderse que justifico todas las intervenciones de la antigua censura, algunas de las cuales fueron desgraciadas. Yo me refiero en exclusiva a las efectuadas por don Camilo. Él, con su labor sacrificada, subterránea, y Pemán a cielo abierto enlazaron con el Siglo de Oro de nuestras letras. Al final del manuscrito encontrará un anexo con las propuestas de corrección de don Camilo y su dictamen final. Porque, esto es a lo que ansío llegar, de ahora en adelante espero que me libere de un texto por el que siento repulsión, lástima. Las pobres ideas deshilvanadas de mi hijo, sus bajunas ironías, sus mascaradas pueriles son pura relajación y están destinadas a corromper lo poco que resta de moral y buenas costumbres en una sociedad de la que él, por añadidura, se ha divorciado al marcharse sin dejar señas a Nueva York, un buen sitio, quizá el que se merece, en compañía de una desgraciada. Por mi parte, puesto que nada quiero saber del endemoniado manuscrito, al ponerlo en sus manos me lavo las mías.

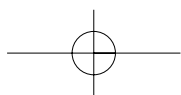
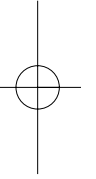
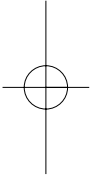
Excuse, se lo ruego, las molestias que le ocasiono con el envío. Son producto de la incapacidad para disponer de un anciano, cuyos días, por desgracia, están contados.

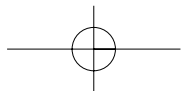
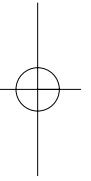
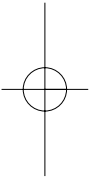
Cordialmente

Jesús Leopoldo Maruján



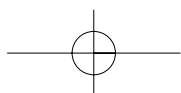
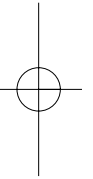
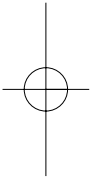
MANUSCRITO DE LEO MARUJÁN

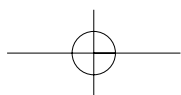
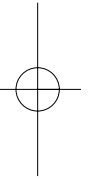
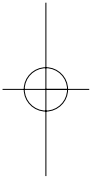




Pero nosotros, ¿cuándo somos?

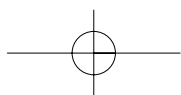
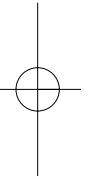
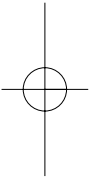
Sonetos a Orfeo, R. M. RILKE



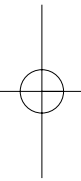


Unos han nacido para vivir y otros han nacido para amar.

ALBERT CAMUS



I



Nadie imaginaría, al verme ahora, que fui un adolescente enfermizo y dominado por el complejo de Edipo. Mi madre y mi abuela acostumbraban a rondar mi habitación con termómetros, bandejas de comida, manos expertas para analizar la temperatura de mi frente e incluso algún mata-moscas con el que eliminar molestos insectos. Cuando logré desembarazarme de mis enfermedades, se había establecido un lazo invisible entre las mujeres, en general, y mi persona. Un lazo invisible para mí, pero no para las mujeres, por lo que hasta hoy he podido desentrañar.

En realidad no sé si conmigo practican como madres o como amantes; pero eso es secundario. Lo que verdaderamente me preocupa es que la raíz de su notable influencia sobre mí se halle en una educación delicada, por calificarla de algún modo. Quizá, en la infancia, me pasé plantando rosas con mi abuela, apreciando, embebido, sus aromas o el tono de sus pétalos. Más tarde, la enfermedad me dio la puntilla. Quede claro que no soy homosexual, pero sí un desviado. Las mujeres me gustan tanto, que no siento el menor interés por el trato con hombres. Tal vez sea esa desviación hacia lo femenino lo que me inquieta. Una mujer, educada como yo, que sintiese lo que yo siento, sería

lesbiana. Si partiéramos de ese paralelismo, lo tendría claro. Ahora bien, siendo hombre como soy ¿resulta extraña tal desviación?

Mi madre y mi abuela nunca me tomaron en serio, todo hay que decirlo, y eso también me ha afectado. Cuando les exponía mis proyectos —debo reconocer que algunos eran un tanto descabellados— se miraban y no decían nada o, en el mejor de los casos, apuntaban una sonrisa evasiva que yo trataba de interpretar. Siempre fue así y estoy seguro de que continuaría siéndolo si no hubiera abandonado el cauce. Hasta tenían proyectadas unas obras en la casa, para abrir, en la parte trasera, un despacho de abogado y, sobre el mismo, un apartamento, con la secreta intención de que disfrutara de cierta independencia. Sé que ambas velaban por mí; pero todo aquello, tramado a mis espaldas, como si temieran que sin su concurso pudiese deslizarme por un tobogán a un abismo, me dejaba perplejo y hasta llegó a acomplejarme, aunque he de confesar que tales sensaciones pasaban pronto y yo acababa siempre por tomar, salvo en lo concerniente al despacho, el rumbo trazado por mi madre y mi abuela, que, en cuanto me veían encarrilado, volvían a sonreír extasiadas. Todavía, cuando las visito en vacaciones, intento averiguar si dan la batalla por perdida o si creen que me hallo en una caprichosa prolongación de la adolescencia. Lo del proyecto de obras en la casa sigue en firme, y me temo que, si al final del presente curso me licencio, las obras van a comenzar. De eso no me cabe la menor duda. Por naturaleza, soy muy desganado, y ellas lo saben y se aprovechan, tal vez porque ignoran que mi vida, antes de afirmarse, transcurrió por un verdadero infierno. Me estoy refiriendo a la vida que viví en una época concreta: la de mis andanzas tras el desembarco como estudiante en Sevilla.

Unos meses antes, con mi madre y mi abuela, yo había celebrado el mes de María. Y sin embargo, recién alejado del pueblo, atravesé una de mis peores etapas de ateísmo, desesperado por lo que allí había sufrido, por la intolerancia de mi anciano confesor. Las terribles fantasías sexuales, que le relataba con prolijidad —mi madre me había insistido en que callarse algún pecado suponía un espantoso sacrilegio—, me convertían, a sus ojos, en un demonio que iba a tentarlo donde no podía escapar: en el interior del confesionario. En cuanto me separé de la tutela de mi madre y de mi abuela y comencé a lucubrar por mi cuenta, concluí que no era posible que Dios tuviese, como tenía, atormentado a un infeliz por juzgar en una materia que lo sobrepasaba. Aquello parecía más un apaño burocrático, de mediocres oficinistas, que un asunto divino. De ahí al ateísmo no había más que un paso para un alma voluble como la mía, pero, quizá por eso, muy extremada y radical.

Lo peor fue que en una época tan delicada perdí la brújula. Sumido en plena crisis, en un horroroso debate interior en el que incluso rompí una fotografía de mi madre con mi abuela —que luego recompuse, arrepentido, con pegamento—, conocí a Amanda. No sé si a cualquier otro una joven como ella podría haberle influido tanto; pero a mí, sus conocimientos de Botánica —Amanda estudiaba tercero de biológicas y era algo mayor que yo— y sus cinturones de piel de serpiente me sedujeron. No sería noble ocultar que aquellos cinturones marcaban unas espléndidas caderas en ánfora, que ella odiaba tanto como imantaban al alumnado y a más de un profesor. Así y todo, yo no me vi arrastrado como los demás. Fue un bellissimo libro, depositado sobre el mostrador del bar de la Facultad de Derecho, lo que llamó mi atención. Sus ilustraciones des-

tacaban tanto, que empecé a hojearlo entre la gente allí arracimada. Me hallaba inmerso en la lectura, creo que sobre los Castaños de Indias, cuando reconocí el acento dulzón, propio de los naturales de las islas Canarias, en la voz de alguien que a mí se dirigía:

—No pretenderás que te lo regale.

Cuando levanté la mirada y descubrí a aquella beldad, noté que mi rostro enrojecía como una bombilla de alarma.

El tinte de mi cara, por alguna extraña razón, debió de satisfacerla. Como consecuencia de ello, Amanda me otorgó la categoría de osito de peluche y comenzaron nuestros paseos por el parque. Y como sobre la piel de un oso de semejante material se pasea la mano, incluso pensando en otra cosa, yo acabé por dejar descansar mi cabeza, al principio, en un hombro de Amanda, y, más tarde, sobre su falda, mientras ella, sin darle importancia al movimiento de sus manos, me acariciaba. No recuerdo cómo se produjo el tránsito, pero al cabo de no muchos días nos dábamos dulces besos y apretones debajo de los árboles del Paraíso. Pronto el asunto pasó a mayores, tanto, que llamamos la atención de los guardas del parque, que lo eran también de la moral en el recinto, y fuimos multados. Aquello me llenó de temor; no así a Amanda, la cual se enardecía en cuanto notaba la presencia de un custodio en las inmediaciones. Sin proponérmelo —me imagino que Amanda sí se lo propuso— perdí la virginidad en la floresta, camuflado entre las ramas y las hojas de unos arbustos. Hacer el amor con una mujer tan sensual y fogosa como Amanda se convirtió en una fuente de inquietudes. Yo buscaba los espacios que ofrecían mejor cobijo y escondite, pero Amanda disfrutaba más a la descubierta, levemente retrepada en el tronco de cualquier árbol. Sus gritos de placer eran una peligrosa

añadidura, que me transportaba de los deleites amorosos a la vigilancia de una bestia montaraz. El desasosiego despertó a un amante insaciable, ya que al no concentrarme en lo que hacía, nuestras uniones se prolongaban más de lo habitual y acabaron por enloquecer a Amanda, que empezó a regalarme corbatas, pañuelos, llaveros para mi única llave, y hasta una correa de serpiente que nos hermanaba. Lo peor fue que se acostumbró a interpelarme con apodosos un tanto procaces, como «mi verdugo» o «chulo mío», y hasta cursis, como «picadorcito de la duquesa», con el que, de paso, se ennoblecía. Todo aquello, envuelto por el caramelo del amor, resultaba demasiado peguntoso. En compañía de Amanda, veía nublado mi futuro, cargado de angustias y de asaltos de agentes de la ley, que no me dejaban en paz ni en sueños. ¿Puede alguien imaginar lo que para mí hubiese supuesto ser detenido y esposado por escándalo público, y, lo peor, ver llegar a mi madre y a mi abuela a la comisaría para rescatarme?

En Leonor, una consumada pianista, que compartía apartamento con Amanda tras cursar la carrera en el conservatorio, comencé a encontrar la comprensión que necesitaba. Cada tarde, mientras Amanda acababa de componerse, lo cual solía llevarle más de una hora, conversaba con Leonor, y en sus ojos registraba una calma que ni siquiera recordaba en los de mi madre o en los de mi abuela. Yo me relajaba a su lado tanto como sufría toda clase de desazones con Amanda, cuyas fantasías me colocaban en los más delicados compromisos. ¿Cómo podía ocurrírsele buscar intimidades debajo de la mesa de una cafetería, a media tarde, mientras mi vista se perdía en la contemplación del moño de una anciana? Así era Amanda y nadie iba a cambiarla. En contraste, los ojos claros, pacíficos, de

Leonor me brindaban un refugio que yo estaba añorando. A sabiendas de que Amanda nunca faltaba a las clases prácticas en la facultad, empecé a dejarme caer por el apartamento para visitar a Leonor. Desde un principio, apenas necesitamos conversar. Ella tocaba el piano o elegía un disco y lo escuchábamos. Era la definitiva paz, una delicia. Y como nuestras almas se comunicaban —cada vez con flujos más intensos—, nos fuimos acostumbrando a tomarnos de la mano con extremada castidad, sin deseo carnal alguno, para compartir la vibración de la música. Que mis dedos acariciaran su palma, ¿qué podía significar? Yo buscaba su amistad y su regazo, a semejanza del excursionista que se recrea en la orilla de un arroyo de aguas cristalinas. La mirada de Leonor me sosegaba tanto, como me estremecía el más leve brillo en la de Amanda. En aquella yo no temía nada, y cualquier caricia que nos dirigiéramos estaba exenta de carnalidad, era de una pureza infinita. Comprendí entonces, sólo entonces, que, a veces, la carne no es sino espíritu materializado y que cualquier cosa que ocurriera entre Leonor y yo pertenecería a ese orden. Tal certeza nos liberó, derribó los límites y pudimos, a sabiendas de nuestra común forma de ser y de sentir, aproximarnos. Yo le pedía que bajase los tirantes de su vestido, y ella, de buen grado, lo hacía y me mostraba su pecho desnudo. «¿Te gusta?», me preguntaba serena. Yo le respondía asintiendo, y acariciaba su mano en un viaje al séptimo cielo. En la plenitud de aquellas tardes, la suavidad de la piel de Leonor, la ternura mutua, nos fue enhebrando. Con el paso de los días incluso adoptamos la costumbre de estar desnudos, de tendernos juntos en el sofá y de regalarnos con la tibieza del cuerpo del otro. Y fue sentir en su pecho los latidos de su corazón lo que me proporcionó una idea que

podía ligarnos como nunca lo habían estado dos seres humanos. Quise que Leonor tocara los *Nocturnos* de Chopin para mí, mientras nuestros cuerpos se hallaban dulcemente unidos. Ella, cuando escuchó mis palabras, no mostró el menor asombro, pero en sus ojos percibí su felicidad. Sentado en la banqueta del piano, con Leonor, a su vez, sentada de espaldas sobre mí, la vi colocar sus manos sobre el teclado y rodeé su vientre para atraerla y sentirla en lo más íntimo. Enseguida comencé a escuchar las notas del piano, y pensé que Leonor y yo formábamos un solo cuerpo y que sus manos eran una prolongación de las mías; con lo que realizaba el sueño frustrado de mi madre, de que yo fuese pianista. Tras recrearme con varios nocturnos, cobré cierto ritmo de cintura para abajo; eso condujo a Leonor a interpretar una sonata de Franz Liszt. Entre transportes musicales pasó el tiempo sin que nos diéramos cuenta. Y cuando Leonor atacaba la *Marcha Turca*, vimos abrirse la puerta y caímos en nuestro error. Amanda había regresado de sus prácticas e, incrédula, contemplaba el espectáculo de los dos sobre la banqueta del piano.

No volví a escuchar ninguno de los apelativos cariñosos con los que acostumbraba a llamarme. Sólo fui tildado de sátiro y de gran cabrón, mientras la delicada Leonor recibía peores apelativos. El tacón afilado de uno de los zapatos de Amanda se clavó en mi hombro en tanto corría para apoderarme de mi ropa y salir disparado del apartamento, definitivamente alejado de aquella balanza de inquietud y de extremada dulzura, y consciente de mi desnudez; tal como Adán había sido arrojado del Paraíso.